

www.elboomeran.com/

Irene Gracia

Las amantes boreales

 Siruela

Nuevos Tiempos

Índice

I Lobas del Ladoga	11
II El silbido de la soledad	159
III Octubre	207
IV La educación sentimental	251

A Endika Zulueta

I

Lobas del Ladoga

Memorias de Roxana

En las noches blancas no puedes huir aunque lo desees. En esas noches sin noche solo los infelices miran los relojes para convencerse de que pasa el tiempo, ignorando que el tiempo se detiene, que solo transcurre en su mente y en el vientre del reloj, mientras el cielo permanece fiel a su contrato con la eternidad, emitiendo siempre la misma luz irreal que puede volverte loca.

Fedora y yo éramos la loba roja y la loba negra, y ya nos habían condenado a vivir una vida al margen de la vida y a sufrir en noches ajenas a la noche. Nuestro viaje a la otredad estaba a punto de comenzar y nuestra suerte estaba echada desde que nos expulsaron de la Escuela Imperial de Ballet. Y ahora íbamos a abandonar San Petersburgo como dos delincuentes.

Mi padre se pasó su afilada mano derecha bajo la cabeza haciendo el ademán de segarse el cuello, indicando que mi partida y la de mi amiga eran la única salida a nuestros delitos y que en San Petersburgo nos aguardaba algo peor que la guillotina. ¿Lo decía por la guerra? No parecía que a ellos la guerra les importase demasiado. Muy al

contrario, la veían como una solución a las revueltas que habían convertido la ciudad en un auténtico polvorín. En realidad, lo único que querían mis progenitores y los de Fedora era librarse de nuestra presencia, así que organizaron nuestra marcha con precipitada perfección, como de costumbre.

Estábamos en el verano de 1916, y Rusia ya llevaba dos años beligerando contra Alemania. El mundo se había vuelto más hostil, pero la aristocracia y la burguesía se sentían más confiadas que en los días que antecedieron a la guerra. Recuerdo aquel verano de 1914, cuando todo en Rusia parecía ir mejor que nunca. Los entendidos decían que la economía crecía a un ritmo inaudito. Las calles estaban tranquilas, se llenaban los teatros y los tugurios donde organizaban peleas de gallos, y la familia imperial se complacía en hacer loas a las grandezas de Rusia, a su cristiana humanidad, a sus rebaños de cabras y ovejas, y a sus muchedumbres de caballos y bisontes. Según la familia del zar, aconsejada por Rasputín, Rusia era el país de la abundancia. Sin embargo, esa mansedumbre urbana y campestre era solo la máscara de un profundo malestar vinculado al sistema de castas ruso. Los campesinos ansiaban ser propietarios de las tierras que llevaban trabajando durante siglos, y los obreros clamaban por una vida más digna.

Y de pronto, el 7 de julio de 1914, cuando veraneábamos con nuestras familias en un palacete junto al Báltico, estalló en San Petersburgo una huelga que solo los obreros se esperaban y que solo ellos deseaban. Tres días después eran ya 135.000 los obreros sublevados, y enseguida las protestas se extendieron a Bakú y a otras ciudades del Imperio. Los huelguistas asaltaban los tranvías, quema-

ban los automóviles de los ricos, nadie temía a la policía, y reinaba en la ciudad un ambiente de violenta alegría y fiera irresponsabilidad. La huelga solo cesó cuando comenzó la guerra, en agosto de aquel mismo año; de ahí que, como ya he dicho, la entrada de Rusia en el conflicto representara para los plutócratas de San Petersburgo un respiro y, por más paradójico que resulte, la vuelta a la tranquilidad. Bien es cierto que el alivio duró poco, pues a las incomodidades propias de la guerra se unieron los muy tempranos reveses del Ejército del zar, que fue derrotado severamente en Prusia Oriental, en una batalla en la que perecieron cien mil rusos. Las cosas no habían mejorado desde entonces, y eran muchos los que se encontraban tan descontentos que deseaban el desastre total para poder organizar la Revolución.

Y ahora, en pleno verano de 1916, Fedora y yo dejábamos la ciudad de nuestros amores, sus conflictos, sus obsesiones y sus decepciones, embarcándonos hacia un mundo del que apenas sabíamos nada. Éramos dos pobres niñas ricas intentando afrontar un futuro lleno de incertidumbre mientras observábamos el barco amarrado al muelle. Dos marineros subieron a la nave nuestros baúles ante la mirada atenta del capitán, y nuestros padres se dispusieron a darnos los últimos besos, que tanto mi amiga como yo acogimos con el desdén característico de los que se saben engañados.

He hablado de San Petersburgo, si bien tendría que decir Petrogrado, pues desde el inicio de la contienda el Gobierno había decretado que, al ser San Petersburgo un nombre alemán, como los alemanes eran nuestros enemigos, la ciudad no podía seguir llevando un nombre germano. Pero ni a Fedora ni a mí nos gustaba llamar a nuestra

ciudad Petrogrado, y en nuestras conversaciones seguíamos llamándola como antes de la guerra.

Y fue así que dejamos San Petersburgo en el largo anochecer que se fundía con el largo amanecer, y pronto perdimos la noción del tiempo y el espacio. Fedora y yo cerramos con llave nuestro camarote, y miramos por el ojo de buey el mundo que perdíamos. Fuimos dejando atrás las columnas rostradas de los embarcaderos, las quimeras y los atlantes, las cúpulas doradas de las iglesias, los campanarios, los puentes que suben y bajan, que se duermen y se despiertan, y las agujas afiladas que coronan los palacios emborronados por la bruma. Apenas dormimos, y, cuando me acerqué a la ventana para contemplar el sol de media noche, advertí que ya no surcábamos las familiares aguas del Neva y que nos íbamos adentrando en un lago que solo podía ser el Ladoga, cuya panza parecía más oscura y profunda bajo la luz rojiza.

Pensé que nuestros padres habían sido unos infames al consentir dejarnos con aquellos tres hombres rudos y malolientes. Si por alguna razón decidían forzarnos para más tarde arrojarnos al lago, nadie encontraría nuestros restos. Habíamos sacrificado nuestra infancia para convertirnos en virtuosas bailarinas, y nuestros cuerpos moldeados con sangre, ambición y dolor podían acabar estrellados entre los acantilados, devorados por los peces, las aves y las focas que pueblan el Ladoga.

No compartí mis pensamientos con Fedora; no hizo falta. El silencio de mi amiga me decía que sentía lo mismo que yo. Podía ver en sus ojos transparentes mis fantasías hijas del miedo: nuestros cuerpos se iban hundiendo en el agua mientras los cabellos se nos entrelazaban como nubarrones de algas negras y rojas.

Miré el esbelto cuello de Fedora, y temblé por su suerte y por la mía. Un instante después el capitán golpeó la puerta del camarote y anunció que estábamos llegando a nuestro destino.

Cuando salimos a cubierta, una niebla blanca lo envolvía todo.

—Las gentes del lugar llaman a esta niebla el manto de la Virgen —dijo el marinero más joven.

Y, con ello, rompió el embrujo del silencio, mirándonos con sus ojos azules, como si fuésemos una aparición. Era un hombre muy guapo, que comunicaba tranquilidad, si bien no tanta como la quietud que transmitía el lago, sin olas y sin espuma, como una vasta superficie de azogue por la que se deslizaba el barco casi sin que se notase. El velo blanco se fue disolviendo suavemente y vimos desplegarse ante nuestros ojos el archipiélago de Valaam, las cúpulas doradas del monasterio y las cruces de las iglesias, hasta que el barco se detuvo en un humilde embarcadero entre islotes frondosos y llenos de pájaros.

En el muelle nos aguardaba una calesa blanca y gris junto a un tal Dimitri, el cochero vestido de negro. Parecía el portero del inframundo y al verlo presentimos que tras todo infierno suele hurtarse a nuestros ojos otro infierno aún peor.

Los dos marineros cargaron nuestros baúles en el portaequipajes del coche y nos desearon una feliz estancia en la isla mientras el capitán nos miraba con ironía y piedad. No mucho después Dimitri estrelló su tralla contra el lomo de los caballos y el carruaje se puso en marcha.

Muy pronto empezamos a avanzar por un sendero entre dos húmedas dimensiones vegetales cuyo fondo no acertábamos a ver y que parecían pobladas por animales

que se ocultaban a nuestra vista, aunque percibíamos su laborioso y crispante ajeteo.

Desde que salimos de San Petersburgo, teníamos la impresión de que nos dirigíamos a un mundo lejos de nuestra ciudad pero también lejos de la realidad y de las leyes que la hacen soportable, aunque también podría decir lo contrario: lejos de la realidad y de las leyes que la hacen tan parecida a la muerte.

Fedora y yo teníamos la misma edad. Yo celebré mi decimosexto aniversario en marzo, y Feodora cumpliría dieciséis años en octubre. Ambas íbamos vestidas íntegramente de blanco, desde los zapatos a los guantes, desde el vestido al sombrero. También la mañana presentaba un aspecto albino, con la niebla deslizándose desde el lago, dispuesta a acoger en su seno todas las fantasías imaginables.

Ya nos hallábamos a cierta distancia del muelle cuando Fedora se soltó su apretada trenza roja y suspiró como si se notase liberada, gozando de su propia hermosura. No obstante, su alegría se enturbió rápido al sentirse invadida por la inquietud y por no saber lo que nos esperaba en Va-laam, según me susurró al oído. Fedora sacó de su bolso el espejo y se fijó en el lunar que tenía sobre la comisura del labio y que había heredado de su madre. El lunar destacaba más que antes en su pálida piel y me comentó que era el único rasgo vinculado a la belleza que le había legado su progenitora. A simple vista, Fedora era más atractiva que yo. Su talle estilizado y sus ojos añiles y penetrantes la convertían en una muchacha muy deseable. Mi misma mirada lo constataba, pensé mientras me quitaba los guantes. Yo era más delgada y alta que ella. Yo era una falsa morena de tez pálida, pero mis ojos cenicientos y mis cabellos oscuros

sugerían a cuantos nos observaban que era menos de fiar que mi amiga y que mis miembros mostraban una fragilidad engañosa, pues todos sospechaban que mi alma era re-concentrada y poderosa, y mi deseo más poderoso todavía. Confieso que muy rara vez fui consciente de mi belleza, y los demás también lo advertían al analizar mi mirada oblicua, en la que, sin yo quererlo, se insinuaba mi temor a ser contemplada.

Dimitri, que tenía por misión conducirnos hasta el internado del duque de Novo, semejaba un hombre parco y severo, de mirada espesa y a ratos ausente. Apenas nos dirigía la palabra, y parecía sumido en sus pensamientos mientras azotaba los caballos para que no aminorasen la velocidad en las curvas más cerradas.

Cuanto más nos adentrábamos en la isla más lejos nos sentíamos de San Petersburgo (no pienso llamarla Petrogrado, y me da igual lo que digan los demás), de su incesante agitación sin sentido. Ahora la veíamos como una dimensión del tiempo más que del espacio — como una dimensión del pasado —. Nos parecía que el Teatro Mariinski estaba tan lejos como nuestra infancia, con sus espejos, sus telones brocados, sus ilusiones entre bastidores, sus aplausos... Habían quedado anclados en otra existencia ajena a la nueva vida que acabábamos de comenzar.

Los declives que cercaban los dos flancos del camino eran grandes conglomeraciones de granito y de árboles, que imponían su aplastante naturaleza, como deidades que lo controlaban todo, y que nos observaban como a intrusas que estuviesen profanando su reino.

Una hora antes de que el breve crepúsculo empezase a enrojecerlo todo con su fuego desfalleciente, Dimitri detuvo el carruaje junto a un puente. Tenía que ajustar mejor

las cinchas de los caballos y nos dejó salir del coche a contemplar mejor el espacio que nos rodeaba.

Fedora y yo nos sentamos sobre dos piedras bajo la copa de un pino que parecía tener más de trescientos años y nos dejamos envolver por el rumor del arroyo que discurría junto al camino y el ensordecedor canto de los pájaros. Teníamos la impresión de hallarnos en una jungla primgenia y rebosante de una vida tan secreta como hostil.

Mientras hacía su trabajo, Dimitri le lanzaba a mi amiga miradas de reojo que refulgían de lascivia. En un momento Fedora se movió, mostrando sin querer parte de sus muslos y de su ropa interior, y los ojos del cochero brillaron como navajas que reflejasen los últimos lances del sol. Fedora no captó el momento más intenso de la mirada de Dimitri, pero sí que acertó a vislumbrar la huella que la emoción había dejado en su rostro, y para ella fue como si, de pronto, emanase vapor de sus ojos desviados.

Un instante después continuamos el viaje. Cruzamos el puente de madera, y lo que hasta entonces había sido un camino llano entre peñascos pasó a convertirse en una cuesta llena de curvas, entre torrenteras y arboledas oscuras y silenciosas. Con su voz seca y cortante como los trallazos que propinaba a los caballos, el cochero gritó:

—Comienza la subida, delicadas damiselas, y, cuanto más nos elevemos, más oscura parecerá la tierra, ja, ja... No avanzamos hacia el reino de la luz, princesas...

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Fedora con temor.

—¡Quiero decir lo que he dicho, señorita!

Y volvió a golpear a los caballos, que con resignación y rabia aceleraban el paso por un camino cada vez más hosco y sinuoso.

De repente un soberbio reno pasó corriendo delante de los caballos, que, al asustarse, empezaron a brincar y a relinchar. Fedora y yo cerramos los ojos a la vez. Durante unos instantes creímos que íbamos a atropellar al reno o, lo que es peor, a sufrir un accidente en nuestras propias carnes. Cuando Dimitri consiguió dominar los caballos, reanudamos el viaje.

Los bosques parecían ahora robledales negros, y de sus densas profundidades solo llegaba un silencio frío y espeso. La naturaleza mostraba allí todo su misterio, convirtiéndose en una sustancia impenetrable o que no apetecía penetrar. Algunas aves nocturnas rompían la mudez vegetal como almas que clamaran en medio de un vasto purgatorio. Los torrentes, más que oírse, se sentían como animales escurridizos y violentos que iban jalonando el camino. Las gotas que desprendían llegaban hasta nosotras y a ratos nos salpicaban en la cara como brucas caricias propiciadas por las manos mojadas de la noche.

—¿Queda mucho trecho hasta al internado? —le pregunté al cochero cada vez más atemorizada.

—No tardaremos en llegar —contestó Dimitri.

El cielo era de un azul tan sublime que dolía. Fedora y yo nos pegamos la una a la otra, conformando un ovillo de angustia y de estupor. Nunca nos habíamos enfrentado a dimensiones tan envolventes y enrarecidas. Los árboles parecían cada vez más grandes, y el cielo nos dejó ver, tras sus delicados velos, miríadas y miríadas de estrellas mínimas.

—¡Qué lejanos parecen los astros! —exclamó Fedora—. ¡Qué lejano parece todo!

Yo reventé en sollozos. Fedora me estrechó con fuerza y me susurró al oído:

—Que no empiece el dolor antes de tiempo, querida mía. Nuestros padres nos han repetido mil veces que Palastново nos va a parecer el paraíso y que saldremos de allí convertidas en mujeres hechas y derechas.

—No pretendas consolarme con palabras huecas y contradictorias. Cuando la gente habla de lo hecho y lo derecho se está refiriendo a la disciplina, y no creo yo que la disciplina tenga mucho con ver con el paraíso. ¿Y si nos aguardase el infierno?

—Tú y yo estamos acostumbradas a la disciplina desde nuestros años en la Escuela Imperial.

—No me refiero a la disciplina artística, sino a la disciplina moral, que mata mucho más.

—No digas locuras, Roxana —murmuró Fedora, que mientras me abrazaba miraba fijamente hacia un ángulo del bosque.

—¿Qué miras? —le pregunté.

—Nada —contestó ella en el tono de quien está ocultando algo.

El coche continuaba ascendiendo entre bosques, humedales y barrancas cuando el sentido de los sonidos empezó a cambiar de dirección. Antes nos aturdían los chasquidos que procedían de las arboledas, pero ahora lo que de verdad nos impresionaba era la sensación de profundidad. En medio de una oscuridad solo mitigada por los oscilantes faroles del carruaje, escuchábamos las cascadas que se precipitaban por las peñas hasta perderse en honduras de remotísimo silencio; escuchábamos las piedras que saltaban al paso del carruaje y caían al lago como caen las almas de los condenados en el pozo de la desolación y el no retorno. Fedora imaginaba esas piedras perdiéndose en oquedades a las que nunca llegaba la luz, y aquella imagen

le parecía la más horrible de cuantas habían poblado su cabeza aquel día de adioses y estupores, según me dijo.

Acabábamos de dejar atrás una curva muy cerrada cuando vimos, en medio de una pradera de la que surgían blancas piedras semejantes a huevos, a un hombre de baja estatura pero poderoso, que tenía cierto aspecto de gorila, con sus brazos caídos y musculosos y su aire de retrasado mental. Al ver el carruaje se alejó hacia una casa de madera con su chimenea humeante.

—Y ese ¿quién es? —le preguntó Fedora al cochero.

—Un pobre cretino hijo de una señora del lugar. Se llama Bundy, y puede ser peligroso cuando pierde los nervios.

Acto seguido torcimos hacia la izquierda, atravesamos una larga avenida de manzanos, y nos vimos ante otra explanada de césped bien cuidado al fondo de la cual se erguía una casa que a esa hora de la noche resultaba tan tétrica como ostentosa. Se trataba de algo semejante a un *château* normando, parcialmente cubierto de yedra. Desde aquella atalaya, las estrellas parecían más brillantes y se notaba un perfume muy intenso de naturaleza vegetal, como si llegasen hasta nosotras las fragancias de las flores acuáticas. Ni Fedora ni yo percibíamos aquel olor como agradable, en parte porque no estábamos habituadas a él, y en parte porque sentíamos que había algo venenoso en aquella pureza lacustre, de aire frío y hostil, en cuya transparencia los aromas desvelaban todo su poder narcótico, todo su espesor recóndito y extraño, que casi nos mareaba.

Aunque varias ventanas del edificio permanecían iluminadas, su luz, más que acoger, parecía desprender un fulgor maligno, si bien preferimos pensar que la malignidad

que atribuíamos al lugar podía deberse a las emociones del viaje y a lo alterados que estaban en aquel momento nuestros sentidos, lo que nos conducía a estados propicios para la alucinación y la turbación mental. Dimitri detuvo el carruaje frente al portalón de la casa y anunció con voz cavernosa y monocorde:

—Mis queridas señoritas, acabamos de llegar a Palast-novo.